

P.—Siempre sueño despierto. Soñar durmiendo es soñar a medias: no se pueden dirigir los sueños.

C.—¿Y qué sueños quieres soñar?

P.—El de poner la vida en verso, mientras me sitia la prosa.

C.—¿Y por qué no buscas lo que quieres en el trabajo? ¿No te dice nada mi ejemplo?

P.—Me dice que somos esclavos; que eres esclava; que tus dedos, que están hechos para coger rosas, tienen que trabajar para los demás.

C.—También en las rosas hay espinas.

P.—Pero las máquinas tienen agujas, y esas son de acero: no dan aroma.

C.—¿Por qué no nos ayudas a los que queremos trabajar?

P.—Os quiero ayudar más de lo que piensas.

C.—¿Haciendo versos?

P.—Sí, haciendo versos.

C.—Dios manda que trabajemos.

P.—Dios dice que ganemos el pan con el sudor de nuestra frente.

C.—Siendo así, el trabajo es una virtud.

P.—Siendo así, no es una virtud: es un castigo.

C.—¿Un castigo, dices?

P.—Un castigo que llaman virtud los que nos hacen trabajar.

C.—¿Y cómo nos vamos a ganar la vida los pobres?

P.—Dejándonos engañar con el trabajo, creyendo que es virtud.

C.—Calla y no me desanimes, Pierrot.

P.—¡Tonta! Si tengo tanto amor al trabajo como puedas tenerle tú; pero no a trabajar por fuerza. Si quiero que sea gozo y no castigo. Si quiero que sea un cántico y un coro. Si para mí ha de ser un regalo que hermosee la vida.

C.—¿Qué quieres decir?

P.—Escucha, escucha, Colombina mía. Hace cuatro días que estás cosiendo; que coses de día y de noche y a todas horas; que sale el sol, que se pone, que se viste el día sin que te des cuenta de ello; que la noche se llena de estrellas, y no las ves; que allá le-

jos deben estar floreciendo los árboles y no se abre ni una flor en tus ojos. Y tú, que tienes derecho a gozarla, ¿qué haces mientras estalla esta hermosa primavera?

C.—Tú lo has dicho: coser.

P.—¿Y qué coses?

C.—Un vestido de novia.

P.—¿Para tí?

C.—Para... ella.

P.—Para las demás. Para una que llamará virtud, si es que se lo llama, a nuestra pobreza; para una que le lucirá triunfalmente, y le llevará por... virtud; para una que recordará que en este rincón de guardilla hay un nido de virtud, un nido que vela y eso que es primavera; un nido que no canta para que ellos canten; un nido en donde no hay tiempo de llorar, porque llorando se pierden horas.

C.—¿Y qué le voy a hacer? Dímelo.

P.—No me harías caso. Los pierrots, cuando dan consejos, hacen reír.

C.—Yo no me reiré nunca de tí, Pierrot.

P.—Entonces canta conmigo: haz canciones.

C.—¿Para quién?

P.—Para los que trabajan y sufren; para los que están tristes en la tierra por falta de corazones que los alegren.

C.—¿Y somos nosotros los que les tenemos que alegrar?

P.—¿Quién ha de ser, si no son los Pierrots? ¿No ves que hoy todos trabajan para entristecer el mundo? ¿Que cada invento que hacen los hombres es para traer más de prisa la tristeza, por alambre, por el aire, por todas partes? ¿Que el hombre aprende todas las lenguas para contagiar la melancolía por más medios distintos? ¿Que corre desalado como el viento para llevar más pronto la mala noticia? ¿No ves que hasta a nosotros los pierrots nos querrían uncir a una máquina, y hacernos máquina, y ponernos correas de transmisión por nervios, y caldera por corazón, y de eso que llaman espíritu hacer un reloj automático?

C.—Es verdad.

P.—Pues eso no puede ser, Colombina. Si hay hombres negros que tra-